

DEL SENDERO DE LA RENUNCIA: UN ACERCAMIENTO AL PROBLEMA DEL SUICIDIO DESDE LA REFLEXIÓN DE EMIL CIORAN

GERMÁN LLERAS GIRALDO
Universidad de Cartagena, Colombia

*We come to this place
Falling through time
Living a hollow life
Always we're taking
Waiting for signs
Hollow lives...*

Jhonatan Davis

Sobre Cioran se dicen muchas cosas. En él podemos encontrar una gran cantidad de temas que, desde su particular modo de ver la realidad, nos pueden atrapar. Entre esa inmensidad de reflexiones, temas y sentencias en las cuales este escritor rumano y francés desgarraba de su alma, se haya la particular cuestión sobre el suicidio, elemento que en reiteradas ocasiones se encargó de matizar. En este escrito exploraremos la visión cioraniana del suicidio y cómo dicha noción está ligada a la libertad.

Cioran fue un pensador rumano nacido en Rasinari en el año de 1911, una pequeña villa de Rumania, la cual le otorgó los pocos momentos de felicidad que tuvo en su vida, aunque más tarde terminara vituperando esa vida de campo y el quietismo tan áspero y pesado que lo asfixiaba. Hijo de un sacerdote ortodoxo y de una madre que marcó su alma al decirle que se arrepentía de haberlo traído a la vida, fueron los primeros choques Cioran contra Dios y la vida, sus primeras razones para maldecir su inicio en el mundo. Fue un amante de las calles y de las putas, enfermo de insomnio¹, aunque esto le ayudó a conocer cosas que se revelan en el martirio de la noche. También era enemigo del ser², pero sobre todo, un enfermo de la vida, además, nunca tomó nada en serio pues para él nada lo merecía. La mayoría de sus obras fueron publicadas en francés, aunque al inicio de su vida como escritor las publicaba en rumano y trataban sobre el pesimismo, la mística, vivencias

¹ Cuando permanecemos en vela o sufrimos insomnio podemos percibir con gran agudeza el fluir de la temporalidad, su aplastante gravedad y el caos que predica en cada cosa que afecta. Quien duerme puede soportar con mayor facilidad el tiempo, pero quien sufre insomnio no la tolerará, no soportará nada pues fue bendito por una lucidez en la percepción de todo. Al respecto, “[s]e aprende más en una noche en vela que en un año de sueño. Lo cual equivale a decir que una paliza es mucho más instructiva que una siesta” (Cioran, 1987, p.7).

² Es decir, es uno de los principales detractores de que el ser es real, no compartía la concepción acerca del ser como algo que en sí mismo es unitario e inmutable.

propias, entre otros temas. Sin embargo, cada uno de esos tópicos estaba caracterizado por llevar consigo una gran amargura y una apuesta al aforismo. Finalmente, falleció el 20 de Julio de 1995 a los 84 años.

Por otro lado, *por mor* a la claridad de las ideas que trataremos es imprescindible reconstruir o re-unir los fragmentos que componen la visión de Emil Cioran sobre el mundo, para luego entrar correctamente al problema del suicidio desde las garras de nuestro escritor rumano.

I. LA CAÍDA, EL MUNDO Y EL HOMBRE

Hay muchas versiones del origen del mundo y del hombre, que van desde la mitología más arcaica hasta la teoría científica más elaborada. Empero, entre tantas versiones para un mismo mal, Cioran toma particularmente la caída, según el Génesis, en su visión del mundo. Es menester aclarar que el relato de la caída es una metáfora para tratar de referirnos a algo indecible, que es la situación metafísica del hombre en la trans-historia, es decir, antes del tiempo. Como nuestros conceptos, ideas y referencias se sitúan en una temporalidad específica, sería imposible decir algo con suficiente objetividad y precisión sobre el ser antes del tiempo. En consecuencia, Cioran usa la caída como un recurso para tratar de familiarizarnos con un sentimiento metafísico profundo, que encuentra su raíz problemática en una ruptura metafísica (ser-eternidad) que, a su vez, se refleja en una ruptura ontológica del ser en el tiempo. La metáfora en este caso es un puente al cual recurre Cioran para que podamos percibir la verdadera situación ontológica del hombre. Claro está, él se apropia de este relato bíblico y le da un matiz particular gracias a su manera amarga de concebir la vida.

¿Cómo fue el origen de todo? Pues, erase una vez en la inmensidad de la nada un Dios solitario, una divinidad maligna y aciaga que decidió arrojar su imperfección en una obra: el mundo y el hombre. Pero, “[si] Dios creó el mundo, fue por temor de la soledad; ésa es la única explicación de la creación. Nuestra razón de ser, la de sus creaturas, consiste únicamente en *distraer* al Creador” (Cioran, 2008, p.51), la creación del escenario universal constó de varios días para su montaje, siete en total. Al quinto día, en especial, formó a su imagen y semejanza al hombre quien lo ubicó en un paraíso eterno, un huerto dentro del Edén.

En primera instancia, el demiurgo advirtió: “De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 16-18, Reina-Valera). En pocas palabras, signo de la primera malicia. Pero, la soledad reinaba en la paz y Dios creó a la mujer de la misma carne de

Adán, del polvo terrenal de la vida, substrajo una costilla que se convirtió en el cuerpo y el alma de la mujer, ambos fueron destinados a cargar con la soledad del otro.

No obstante, cabe anotar que lo realmente importante no es la creación sino la caída a que pronto llegarían para el marido y la mujer. La serpiente, cómplice milenaria de Dios, sedujo a la incauta hembra con la promesa de que, por medio del conocimiento del bien y el mal, ella y su pareja podrían llegar a ser como Dios – cosa tan ridícula ¿para qué ser el mayor fracasado?– Le tendió con mil adornos el fruto prohibido, la provocación divina en la eternidad y siendo de esperar de una creatura tan falta de ser que es el humano, ella ejecutó el pecado e hizo pecar a su hombre, volviéndose ambos los pecadores de todo el universo. Sin embargo, Dios todo lo ve y todo lo sabe, así que el acto fue descubierto...antes que lo realizarán. El demiurgo decepcionado, maldice, después de castigar a su cómplice, a sus dos semejantes. Los llamó Adán y Eva respectivamente, en otras palabras: al nombrarlos los separó de la unidad divina³.

Maldijo entonces Dios el andar del humano y lo separó de la eternidad para arrojarlo al tiempo. Ya en el tiempo Adán y Eva abiertos al mundo, encontrados con el mundo del polvo, del sufrimiento y de la pudrición, emprenden la historia de su caída, inauguran su estatus de víctimas de los propios males y fracasos que portan.

Algo más hay que añadir, de acuerdo a los planteamientos de Cioran hay, en realidad, dos caídas: la primera que ya mostramos anteriormente y que radica en la ruptura metafísica del hombre con respecto a una trascendencia positiva (la eternidad en el paraíso junto a Dios), debido a ella el sujeto emprende una sucesión de hechos en donde él será víctima de incontables desgracias (a ellas le sumamos la posesión de la razón y conciencia). Entre tanto, la segunda consiste en la aparición de una crisis al tomar conciencia de la verdadera situación en que se halla el humano, a partir de la primera caída. El sujeto se aleja de lo temporal y de sí mismo, es empujado con una intensificación de lucidez y dolor por debajo del tiempo, lo cual hace que desintegre gradualmente el Yo⁴. En palabras de Demars: << [el] dejar a un lado la inmanencia temporal por la segunda caída abre entonces una *trascendencia negativa*, una “eternidad negativa”>>. (2005, p.43. La cursiva es mía).

³ El hecho del pecado original tiene consecuencias muy importantes que señalar: 1) cuando tanto Eva como Adán comen el fruto prohibido rompen con su estado de inocencia, se hacen conscientes a tal punto que uno de los primeros reconocimientos que hacen es sobre su cuerpo como cuerpo-desnudo, y consecuentemente como cuerpo-vergüenza lo que sería un primer germen sobre una proto-moral; 2) Al ser consciente sobre sí mismos se individualizan, que en este caso se refleja muy bien cuando en el Génesis Dios les da sus nombres, esto revela como ya hay una ruptura declarada con respecto a la unidad del paraíso y ,especialmente, una evidencia que la creatura humana se individualiza y se concibe como individuo gracias al pecado, constante referencia que hacía Kierkegaard en sus obras religiosas.

⁴ La segunda caída sería entendida como un ruptura ontológica, un distanciamiento entre el Yo y sí mismo.

Justo es decir que más adelante comprenderemos la importancia de la segunda caída en el suicidio. Por otro lado, la desdicha de este exiliado metafísico, lo mismo que decir “bendito” por la conciencia gracias al pecado, consistirá en proyectar su ruptura ontológica en la búsqueda infructuosa⁵ de retornar a esa unidad eterna que perdió. Empero, para ello tiene que creer en un sentido, en que lo que haga posea una razón suficiente para emprenderla e incluso pretender que él posee un ser. Obviamente, esto es una ilusión, un delirio como afirma Cioran en el siguiente fragmento:

Creador de valores, el hombre es el ser delirante por excelencia; presa de la creencia de que algo existe, mientras que le basta retener su aliento: todo se detiene; suspender sus emociones: nada se estremece ya; suprimir sus caprichos: todo se hace opaco. La realidad es una creación de nuestros excesos, de nuestras desmesuras y de nuestros desarreglos. (1949, p.12. El subrayado es mío).

El delirio de esta creatura enferma que es el hombre, crea el mundo y alucina con un sentido y finalidad de existir. Pero, tanto Adán como nosotros sus hijos depositamos esa locura en algo mucho más desequilibrado: el Yo. Una creencia mucha más vacía que las demás, pues desde que peca la creatura se comprende que siempre ha carecido de una identidad, de una esencialidad, Abad⁶ lo explica al sostener en “Del paraíso a la historia” que:

En el Edén, el hombre estaba ya fragmentado. Si no lo hubiese estado, jamás habría tomado el fruto prohibido, y verdaderamente se habría reproducido en un eterno presente del cual simplemente nunca hubiera salido. Pero una ruptura estaba ya

⁵ Es infructuosa pues siempre que se proponga alcanzar un fin, en su consecución creara otros fines que remplazarán al primero, y así sucesivamente sin poder llegar a completar ninguno. Convirtiéndose el actuar en un círculo vicioso que alimenta la voluntad del hombre, desear cada vez más pero nunca saciar su hambre ontológica. Lo cual como señala Alfredo Abad (2009) es signo de una ruptura en el hombre, de una fractura de su ser que le impide sobrepasar las barreras del tiempo para reconciliarse con la eternidad, y más aún se vuelve a sí mismo un elemento sin sentido e, incluso, la historia se convierte en algo innecesario. Al respecto en el *Breviario de Podredumbre* Emil Cioran sostiene que: “Mientras que todos los seres tienen su lugar en la naturaleza, él continúa siendo una criatura metafísicamente divagante, perdida en la Vida, insólita en la Creación. Nadie ha encontrado un fin válido a la historia; pero todo el mundo ha propuesto alguno; y hay un pulular de fines tan divergentes y fantasiosos que la idea de finalidad se ha anulado y se desvanece como irrisorio artículo del espíritu”. (1949, p.19).

⁶ Alfredo Abad Torres: licenciado en filosofía, Magister en Literatura (U.TP). Actualmente es profesor de Filosofía y Humanidades de la Universidad Tecnológica de Pereira (Colombia).

presente, ruptura que habría de profundizarse con el tiempo y que se vislumbra en el abandono que Adán hiciera del Edén, y se reproduce en la Historia. (2009, p.49).

Retomando, la expulsión metafísica se comprende en la cosmovisión cioraniana en términos de una caída en el tiempo, y esa caída es en donde el hombre se abre paso ante un mundo, en el cual actúa y no puede resistirse a cometer acciones ya que:

El hombre no está satisfecho de ser hombre. Pero no sabe *hacia qué* regresar ni cómo volver a un estado del que ha perdido todo recuerdo claro. La nostalgia que tiene de él constituye el fondo de su ser, y a través de ella comunica con lo más antiguo que subsiste en él. (Cioran, 1987, p.44).

Añadámosle a esta suma de angustias que no hay redención para el ser humano, jamás podrá retornar a la eternidad, simplemente porque el tiempo se lo impide y su in-esencialidad ontológica lo apresa. Definitivamente no encuentra salvación, está condenado a la desesperación de nunca regresar a la eternidad, al paraíso perdido. A pesar de ello, ese ser iluso no quiere y no acepta su insignificancia, no reconoce su gran derrota, su mentira encarnada y es motivado a obedecer hasta sus instintos más profundos de persistencia para seguir creando y replicando. Pero, ¿qué crea? Simplemente el mundo por medio del lenguaje y sus proyecciones, o sea un supuesto garante de que él “es”; establece el sentido en el centro gravitacional de su ser, de eso que es poco menos que la apariencia, permitiéndole decir “esto es mío, eso es, yo estoy, yo pertenezco”: delirios de grandeza en un juego que tiene sus horas contadas.

Hasta la muerte parece un gran hecho en las manos sucias del humano, como si la desaparición de un individuo se notara en el todo o detuviera las tantas olas en el mar infinito del universo: “Nunca se dice de un perro o de una rata que es mortal. ¿Con qué derecho se ha arrogado el hombre ese privilegio? Después de todo, la muerte no es un descubrimiento suyo. ¡Qué fatuidad creerse su beneficiario exclusivo!” (Cioran, 1987, p.20). Curiosamente también en la filosofía de Unamuno se reconoce el egocentrismo del hombre, el cual se debe a la posesión de la conciencia. Un ejemplo que expone es el siguiente: si el sol tuviera conciencia pensaría que existe para iluminar los demás astros, pero también pensaría que los demás astros existen para que él los ilumine. Sin duda, lo que tanto Unamuno como Cioran quieren mostrar es que el sujeto está, irremediamente, propenso a colocarse como el centro de todo.

El hijo de Dios, sucesor de Adán y Eva, emprende la historia de su caída, alimenta el silencio sórdido del polvo con sangre, lagrimas, traiciones, conquistas y una infinidad de inventos que son una pirueta escrita en un papel frívolo. Esa historia es una expresión de un

mal genealógico, robustecido por una maldición consagrada en el momento de haber nacido. Eventualmente, todo resulta frívolo, nada de lo que estamos rodeados posee alguna importancia:

Lo serio no es precisamente un atributo de la existencia; lo trágico sí, por implicar una idea de aventura, de desastre gratuito, mientras que lo serio, por el contrario, postula un objetivo. Ahora bien, la gran originalidad de la existencia reside en no poseer ninguno. (Cioran, 1987, p.20).

Por consiguiente, cualquier acción es vana, acaece, no obstante que el vivir del humano sólo sea un devenir en lo trágico. Llegado a este punto, creer en algo es síntoma de seguir enfermos, negarlo es aceptar un fracaso milenar, puesto que la evidencia de nuestra nulidad es tan grande que nos aplastaría.

De la misma forma, en el plano social el hombre se refleja como un decrepito en un espejo, las contradicciones internas del ser humano se expresan en sus relaciones dentro de la comunidad. Debido a la insignificancia de la creatura caída y su miedo de aceptar una nulidad constante, por medio de la mentira y el auto-engaño (además de la huida de sí mismo) establece un orden ficticio en el que está suspendida la existencia. Mejor dicho, el hombre es una creatura tan cobarde que se organiza en sociedades para intentar auto-convencerse de que su existencia es algo necesario en el universo.

Y tal es la obsesión por esas formulaciones que obliga a los demás a aceptar sus ideales del orden. De hecho, cada hombre quiere someter a los demás por medio de sus dictámenes de sentido y de respuestas ante la pregunta: *¿por qué vivir?* Puesto que, en términos crueles cada quien se percibe como un *dogma supremo* que está dispuesto a darse golpe contra quien lo debata, “[si] las relaciones entre los seres humanos son tan difíciles es porque el ser humano ha sido creado para romperse la cara y no para tener «relaciones»”. (Cioran, 1987, p.20).

Observamos como crea una farsa montada en un abismo en donde todos somos impostores, con máscaras que reflejan la resignación ante el mundo que se nos pone en la mesa ante la sociedad y la historia, cercenamos nuestros más íntimos pensamientos para hacer parte de cada escena posible, en una obra llamada vida. Emil Cioran anota sobre lo anterior que: <<la “dulzura” de vivir en común reside en la imposibilidad de dar libre curso al infinito de nuestros pensamientos ocultos. Gracias a que somos todos impostores, nos soportamos los unos a los otros>> (1949, p.64), y más adelante dará una cachetada al sostener que “[m]ientras que los hombres sientan pasión por la sociedad, reinará en ella un canibalismo

disfrazado” (1949, p.66). Por lo tanto, estamos ligados a la mentira y la farsa, y gracias a ellas les debemos la subsistencia de la sociedad o de cualquier otra forma de nuestra demencia para poder soportar la vida.

II. SUICIDIO Y LIBERTAD

Ahora bien, de acuerdo a la visión cioraniana del mundo lo trágico resulta ser que el humano a través de todos esos elementos que crea en la existencia, quiere retornar a un primer estado en que estuvo. No obstante su intención, jamás podrá regresar. En consecuencia, el vacío con el cual comenzó a vivir la creatura humana se mantiene hasta que deje de respirar en la tierra del dolor. El escenario y los propios actores en esa tragicomedia llamada vida caen como pesadas cadenas que asfixian al hombre. Es así como debemos entender la condición del ser humano, pues de ese pensamiento se desprende la conciencia necesaria para poder aspirar a la libertad. Entonces ¿cómo debemos entender la libertad en Emil Cioran después de todo el recorrido mostrado? Pues bien, la libertad es entendida como liberación y ésta tiene su base en el suicidio. En suma, Cioran nos sugiere, maliciosamente, que debemos auto-aniquilarnos porque mientras vivamos estaremos encadenados a muchas cosas y esas cadenas prolongan el sufrimiento, igualmente ellas nos ciegan sobre la verdadera razón de nuestra existencia: no hay sentido absoluto para que vivamos.

Es por esto que, dice Cioran, para ser libres se debe aspirar al encuentro con la muerte para retornar a la nada progenitora; en definitiva al no-ser y romper con todas esas cadenas o lazos a los cuales estamos sometidos. La auto-conciencia de la irrealidad⁷ conlleva a prescindir del mundo, en no prestarle atención ni a nuestras propias penas. Simplemente al ser la existencia y el mundo algo menos que la apariencia, el uno algo inserio y el otro una ilusión, se termina por no interesarse en nada, incluso de prescindir de la idea de ser libres. Todo lo anterior nos llevará a despojarnos de una de las convicciones más fuertes que hay: la convicción de que la vida es sagrada.

Ya vivir y permanecer en la existencia es algo que no posee razón alguna, es más, cuando alguien comienza a vivir debería emprender la búsqueda de los medios para poder auto-aniquilarse, en términos del sujeto A “el más dichoso sería quien muera al nacer y más dichoso que nadie, quien nunca llegue a nacer” (Kierkegaard, 2006, p.233). ¿Por qué? Simplemente, porque el infinito de vacuidad que corroe toda la existencia revela que el ser debe advenir en el no-ser, y es algo que, incluso, el hombre no puede escapar. Empero, ¿a qué se refiere Cioran con respecto al infinito de vacuidad? Se trata del impulso del universo por el afán de no-ser, de destruirse y morir en el púlpito de la nada. Por ende, desde que se colocó el “mono antropoide” de pie, cuando dejó sus manos libres para

⁷ Comprensión y entendimiento que todo, incluso el mismo sujeto, es una mera ilusión, algo efímero.

labrar el camino del mañana, no por eso escapó de la tendencia autodestructiva a la cual está confinado, cada ser está obligado a devenir en el no-ser. Y esa tendencia convierte cualquier cosa en algo in-necesario.

Dado lo anterior, no existe progreso para Cioran. Por lo tanto, se diferencia de algunos filósofos como Hegel o Rousseau, que ven en las obras del espíritu o en el transcurso de la vida humana un progreso o pretensión a lo perfecto. De hecho, el hombre es víctima de todo lo que hay en el mundo y de todo lo que crea, por consiguiente, entre más tiempo transcurra el humano en la existencia, y en la medida en que vaya “avanzando”, serán peores sus males, en razón de que su verdadera fuerza ontológica es en realidad una fuerza contra-ontológica, es decir: el hombre camina gracias a la *voluntad de morir*.

La *voluntad de morir* se debe entender de acuerdo a la concepción dada por Philip Mainländer, monstruo cuya sombra acompaña muchos de los textos de Emil Cioran. Para Mainländer, la *voluntad de morir* es el fundamento del universo y el demonio, cuya génesis proviene del primer movimiento de una Unidad pre-cósmica desintegrada en la multiplicidad del universo, que genera los mejores medios⁸ para que Dios cumpla su objetivo: devenir en el no-ser. La importancia de poner a la luz a este filósofo en la visión trágica de la existencia, es que a raíz de los planteamientos en la *Filosofía de la redención*, existe una fuerte semejanza entre la tendencia del ser al no-ser en Cioran con la metafísica de la decadencia de Mainländer, cuya expresión más sutil se muestra con la ley del debilitamiento de la fuerza. Dicha ley consiste en que todos los seres del universo, para poder cumplir el objetivo de Dios por su anhelo de muerte absoluta, tienen que actuar de tal manera que se adelante la desintegración total de la multiplicidad del universo en la nada, ya sea luchando, manteniendo relativamente la individualidad, agrupándose en colectivos, persistiendo en la existencia a tal grado que la fuerza total del universo se disminuya y así pueda estar listo para morir. Incluso, alega que:

No podemos asentar esta meta en nada distinto que no sea una extinción eficaz de la fuerza, la cual sólo se ha de lograr por el miedo a la muerte (la intensa voluntad de vivir) y la cual, a su vez, es medio para la meta del todo: la muerte absoluta. (Mainländer, 2011, p.70).

Lo que pretendo señalar es lo siguiente: para explicar por qué el ser tiende al no-ser en

⁸ Philip Mainländer sostiene en la “Teleología del exterminio” que: << [e]l demonio se hizo de un cerebro (...), al cual le es propio conciencia, engendrándolo a partir de sí mismo, tan sólo porque quiso tener un movimiento más rápido y mejor hacia la meta>> (2011, p.65). De esta forma nos ilustra que los elementos constituyentes de todo el universo (incluyéndonos a los humanos) son meras herramientas para poder alcanzar un *telos*: la muerte absoluta.

Cioran tendríamos que admitir que: Primero, por alguna razón para el todo es más preferible no-ser que ser. Segundo, que la desintegración del ser se lleva a cabo bajo una ley universal, es decir, la ley del debilitamiento de fuerzas afirmada por Mainländer. Tercero, es la razón la que nos permite descubrir el impulso auto-destructivo del ser, y a su vez, tomar conciencia sobre nuestra situación ante la vida, lo cual nos lleva a un estado de crisis al yo.

Conforme a lo anterior, la razón y la conciencia son por ende dos cuchillos clavados en la carne. Pues, la cualidad que permitió al hombre erguirse ante el sol, crear un sendero con sentido, es la misma herramienta del diablo que nos ofrece ver tras el telón de la existencia, y cuando eso sucede es el escalofrío de un vacío lo que abre un oscuro paisaje que advierte: de la nada venimos y hacia la nada vamos.

Empero, tal idea va más allá del simple hecho de presentar el suicidio desde el pesimismo, ya que el logro del suicidio como acto de libertad reposa en que el hombre sea un Dios sobre su fin, que él sea quien decida cuando morir, en qué momento oportuno, cómo morir y no dejarle el trabajo a la naturaleza (posicionarse por encima de la naturaleza haciendo mejor el trabajo de ella: matarnos), en definitiva es ser amo y señor de su muerte... del retorno.

Cioran retrata a ese hombre de esta forma: “dueño de sus días, detendría su sucesión cuando le pareciese oportuno; *existiría a su discreción*; es que alcanzaría su punto de partida, su estatuto verdadero: el de accidente, justamente” (1992, p.84. La cursiva es mía). Pero, en razón de un saber profético sobre la muerte; cuando se emprende la renuncia de todo, y el mundo es parte esencial que hay que abandonar, se descubre que lo único que puede tener en sus manos una persona no es la felicidad, ni el honor, ni el respeto, tampoco son nuestras penas, ni el amor y tampoco los sueños, sino el poder de matarse cuando se quiera.

Por lo tanto, la libertad no sería nada constructivo en Cioran, es todo lo contrario, demoniacamente destructivo, ya que incita al sujeto a la destrucción de sí mismo, no a una superación, en ningún momento Cioran afirma eso, sino a una extinción del hombre. Inclusive, matarse a uno mismo no implica volver al estado perdido: es en realidad perderlo todo en la nada. Tampoco es una solución pues desde que nace el ser humano ya todo está irremediablemente arruinado, por el simple hecho de pisar el mundo estamos condenados a sufrir todas nuestras imperfecciones y contradicciones. Igualmente, el acto del suicidio está ligado a un marco cosmológico y metafísico, puesto que la libertad que florece en el sendero de la renuncia a la vida, es decir, en el suicidio, no es más que la máxima expresión a la cual puede acudir un ser imperfecto dentro de un cosmos condenado a desaparecer.

Finalmente, podemos concluir que en el interior de cada alma humana yace un dios que desea retornar a la nada, que desea morir para volver a esa eternidad antes de toda vida. Sin embargo, estamos atrapados en un laberinto que se extiende misteriosamente en una roca suspendida en lo incierto, dentro de un titánico escenario: el universo.

Si el universo tuviera conciencia, obviamente, para él no seríamos más que un grano en un abrumador mar de arena. No tenemos razón de existir, no sabemos para qué estamos realmente vivos, simplemente, como la lluvia seguimos cayendo a manera de gotas que se estrellarán en un pasto frío y despiadado. El mundo que conocemos fue creado por dementes que intentan justificar su existencia, y que tristemente se convierten en esclavos de sus propias creaciones. Sólo quien lleve al extremo su capacidad de lucidez, impulsado hasta el final por su conciencia de irrealidad, podrá quemarse junto a sus cadenas... de esta forma sus cenizas serán libres en la nada, convirtiendo su fin en la mejor obra en el cosmos.

BIBLIOGRAFÍA

- Cioran, E.M. (1992). *La odisea del rencor. Escritos escogidos*. Medellín: Holderlin.
- ____ (2008). *De lágrimas y de Santos*. Barcelona: Tusquest.
- ____ (1987). *Ese Maldito yo*. Recuperado de <http://es.scribd.com/doc/56013515/eBook-PDF-Cioran-e-m-Ese-Maldito-Yo>
- ____(1949). *Breviario de Podredumbre*. Recuperado de http://librosgratis.net/book/breviario-de-podredumbre-emile-michel-cioran_7474.html
- ____(1969). *El aciago demiurgo*. Recuperado de <http://crimideia.com.br/blog/wp-content/uploads/2010/02/emil-cioran-el-aciago-demiurgo28196929.pdf>
- Demars, Aurélien. (2005). La danza macabra de Cioran, *Paradoxa*, (No.9). pp.39 - pp. 52.
- Herrera, M. Liliana & Abad, Alfredo (2009). *Cioran en perspectivas*. Pereira: Universidad Tecnología de Pereira.
- Kierkegaard, Søren. (2006). *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida I*. Madrid: Trotta.
- Mainländer, Philip. (2011). *La filosofía de la redención*. Santiago de Chile: Fondo de cultura económica.
- Unamuno, Miguel. (2000). *Del sentimiento trágico de la vida*. Buenos aires: Errepar.